

EL DILUVIO.

Romance bíblico premiado con la cruz de oro y plata en el certámen celebrado por la Redaccion de LA ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA, en Febrero de 1874.

Adorate Deum in timore et amore.

I.

Manchada estaba la tierra,
 lleno de vicios el mundo,
 cargado el hombre de crímenes,
 cubierto el cielo de insultos.
 Cloacas de pestilencia,
 alcázares y tugurios,
 la prostitucion vestida
 y el sacerdocio desnudo,
 velándose la miseria
 con los sobrantes del lujo;
 blasfemos todos los lábios,
 todos los ojos impuros,
 la iniquidad desbordándose
 en mil torrentes inmundos;
 era la tierra una mancha
 sobre los espacios fúlgidos,
 una bacante embriagada,
 que en su delirante orgullo
 á Dios, irguiéndose fátua,
 su reto lanzaba estúpido.
 Dios, que la creacion brillante
 sacó del caos confuso,
 y al hombre al formar de barro
 le dió un espíritu puro,
 una ley por regla y norma
 y una razon por escudo
 en medio de las pasiones
 y sus choques iracundos;
 Dios, que vé la noble raza
 de Seth en enlace impuro

con la de Cain, formando
 el mas abyecto conjunto;
 Dios, que mira toda carne
 corrompida, y en los últimos
 grados de ignominia al hombre
 que en sólio tan alto puso;
 Dios, que vé sus aras rotas,
 profanados los sepulcros,
 el oro señor y déspota,
 el amor comercio público,
 la amistad perla escondida,
 usual moneda el perjurio,
 ya sin prestigio los gefes,
 ya sin respeto los súbditos;
 Dios, ante ignominia tanta
 y desórden tan profundo,
 aunque misericordioso,
 purgar la tierra dispuso
 de tantos séres rebeldes
 á su poder absoluto.

—
 Henóch, por Dios enviado,
 en vano clamó ante el mundo,
 que agotada la clemencia,
 Sabaóth iba á ser justo.
 En vano, que impenitentes
 despreciaron los anuncios
 del celeste mensajero,
 que en pavoroso discurso
 profetizaba los dias
 no remotos del diluvio.



Henóch calló; sus acentos
se ahogaron en los sepulcros,
y fueron sus predicciones
sueños de horror para el vulgo.
Y al rumor de las orgías
el tiempo siguió su curso,
siendo el corazon del hombre
comó un erial inculto,
para la virtud estéril,
para los vicios fecundo.

II.

Mas existia en la tierra
un hombre recto; era el único;
y Dios, misericordioso,
quiso salvar ese justo.
Noé, santo patriarca,
vá á ser el Adán segundo
de la humanidad, el gérmen
en que se encierra el futuro.
Por órden de Dios fabrica
un arca especial, en cuyo
seno, al lado de la madre
sus hijos queden ocultos.
Aves y animales varios
encuentran al par refugio
en el arca protectora,
que para cruzar el húmedo
elemento está cubierta
de espeso betun. Ninguno
de los hombres aplaudia
la obra de Noé, y seguros
creyéndose en sus placeres,
contaron uno por uno
veinte años que el patriarca
empleó á la faz del mundo
en edificar la nave
que ha de salvar el diluvio.

Ya en ella Noé se esconde,
y ya de luceros fúlgidos
la noche puebla el espacio,
y asoma ¡funesto augurio!
por el Oriente la luna
entre celajes oscuros.
Dios espera; necio el hombre
respeto le niega y culto,
y vierte de goces ébrio
blasfemias con lábio inmundo.
Y luce la aurora, y sigue

el sol su ordenado curso,
y pasa la noche, y brilla
sereno el dia segundo,
y otro despues, hasta siete,
¡ya de la clemencia el último!
Dios entonces, justiciero,
permite salvar sus muros
al mar, y al cielo cubrirse
de tempestades sin número.
¡Ay de los hombres dormidos
en pos de deleites lúbricos!
Al murmullo de los besos
suceden roncos murmullos,
á las miradas ardientes
tristes relámpagos súbitos,
á las frases amorosas
grandes truenos iracundos.
Los palacios mas soberbios
y los aduares mas rústicos,
los montes mas encumbrados
y los valles mas profundos,
todo lo inundan torrentes
que se precipitan turbios,
arrastrando entre sus olas
con vengativos impulsos,
ya los árboles floridos,
ya los cadáveres mustios.
Allá, en la cima mas alta,
se apiñan en densos grupos
todos los que huyendo rápidos
forjan el proyecto absurdo
de evitar la comun ruina,
el castigo tremebundo.
Junto al leon la gacela;
unidos hombres y brutos;
los ayer tiernos amantes
esquivos, torvos y mudos;
al lado de la doncella
la prostituta; el verdugo
quizá abrazado á su víctima;
todos confundidos, juntos,
todos de terror cubiertos,
tristes, pálidos, confusos,
desencajados los ojos,
crespos los cabellos húmedos:
ante aquel lúgubre cuadro,
ante el horrible conjunto
de ruinas, ante las aguas,
que van plateando el musgo

de las rocas; que ya suben
 á los montes; que en profundo
 remolino están hirviendo
 á sus pies, ya casi ocultos
 en la espuma; que ya suben
 en oleaje sañudo
 hasta envolver las cabezas
 del apiñado concurso,
 que alza las manos al cielo,
 desde donde manda el Sumo
 Dios detenerse á las olas
 vengadoras del diluvio.
 Por Él protegida en tanto,
 postrer reliquia del mundo,
 el arca flotaba ilesa
 sobre escombros y sepulcros.

III.

Pasaron dias. El viento
 barrió, soplando á menudo
 las aguas, y el mar volvióse
 á sus estanques cerúleos.
 Aroman ya las montañas
 y los picos mas agudos
 libres de espumas y sombras,
 verdes, brillantes y enjutos.
 Noé deja libre al cuervo,
 que con su vuelo inseguro
 fué á posarse codicioso
 en un cadáver de muchos
 que aun flotaban sobre el agua,
 manjar brindando á su gusto.
 Siete dias esperando
 al cuervo, juzgó oportuno
 enviar á la paloma
 que fuera no se detuvo.
 Dióle libertad de nuevo,
 viéndola tornar al punto
 trayendo un ramo de oliva
 que él creyó feliz anuncio.
 Noé espera, sin embargo,
 para salir, que el augusto
 mandato de Dios ordene
 de nuevo pisar el mundo.
 Dios lo mandó. Obedecieron
 con prontitud y con júbilo,
 y al ver otra vez el cielo
 entre resplandores puros,
 el césped de las praderas,
 de las montañas el musgo,

los cristalinos arroyos,
 los árboles penachudos
 las flores que el aire llenan,
 de aromáticos efluvios,
 el sol otra vez radiante,
 el suelo otra vez fecundo;
 ellos, los náufragos salvos
 por un prodigio, los únicos
 libres del furor tremendo,
 se arrodillaron confusos,
 improvisaron un ara,
 y al cielo subió, entre el humo
 de las aromadas flores,
 un canto de amor profundo,
 envuelto en lágrimas dulces,
 de su gratitud tributo,
 entre el rumor de los árboles,
 del aura entre los arrullos,
 entre el trinar de los pájaros,
 del mar entre los murmurios.
 Dios entonces prometióles,
 que jamás otro diluvio
 sumergiria la tierra
 en ondulante sepulcro;
 que cuando el cielo, vestido
 de nubarrones adustos
 vomitase, entre el estruendo
 de los ábregos sañudos,
 desenfrenados torrentes
 con ímpetu furibundo,
 en las nubes brillaria,
 borrando fúnebres sustos,
 el iris de paz, espléndida
 señal y feliz anuncio.

De entonces los aquilones,
 y los nublados oscuros,
 y las lluvias invernales,
 alegran al hombre rústico,
 que aguarda en humilde choza
 que brille el alba de Julio.
 Brilla al cabo, y la campiña
 produce flores y frutos,
 los peñascos aparecen
 llenos de césped menudo,
 saltan las reses buscando
 los delicados arbustos,
 alégrase la aldehuela
 viendo los pingües tributos



que ofrece el campo, ceñido
de escarcha y nieve no há mucho;
y pasan las tempestades,
los amagos del diluvio,
y brilla el iris de Agosto
horas trayendo de júbilo.

IV.

Sigue humanidad la senda
trazada por el Dios sumo;
no conviertas en sentinas
los palacios y tugurios;
no tapes tus llagas pútridas
con los adornos del lujo,
mientras vaga por la sombra
el sacerdote desnudo;
no destruyas los altares;
no profanes los sepulcros;
no cámbies amor por oro
y riquezas por perjurios,
que si Dios es padre amante
tambien es severo y justo.
Ama la virtud; respeta
las leyes que Dios te impuso,
que para llegar al cielo
son el camino seguro.
No desmayes si el invierno
cubre de horrores el mundo,
que vendrá la primavera
á alegrar los campos mustios;

tras la tempestad bonanza,
el iris tras el diluvio.
No temas que Dios airado
te aniquile en un segundo
cataclismo, destruyendo
la valla que al mar le puso.
Dios vendrá en carro de fuego
en los supremos y últimos
instantes, á dar su fallo
soberanamente justo.
La virtud será la nave
donde los Noés, los únicos
buenos, cruzarán las olas
del fuego del gran diluvio.
Dichoso el que abraza ahora
la virtud, que tras los rudos
trabajos de la existencia,
tras tantas horas de luto,
en pos de las tempestades
y del invierno del mundo,
luce el iris de bonanza,
fanal sempiterno, fúlgido,
que anuncia al que es virtuoso
y hoy vive entre los disgustos
de una vida, atormentada
por los dolores agudos;
que hay un arca salvadora
para cruzar el diluvio.

MIGUEL GUTIERREZ Y GIMENEZ.

